



### *Tamar y Amnón*

Amnón me besó en la boca y me penetró. Su lengua en mi lengua, sus manos en mis senos; con su pierna derecha me enlazaba fuertemente. El lecho era de sexo y la alcoba, las sábanas jadeaban, mientras yo me dividía entre el furor y el gozo. Amnón me había capturado entre gemidos. Mi padre me entregó a él por la complacencia blanda con que aceptó el señuelo de los panes. Porqué Amnón se fingió enfermo y me llevó a su aposento y desoyó mis palabras cuando destrozó el vestido rayado de las vírgenes.

Con un forcejeo postrero me separé de mi hermano, pero era ya tarde y la lascivia se me había adherido la piel en gruesas gotas precisas e invulnerables.

Su rostro en cambio trocó el amor en odio.

### *David y Betsabé*

Yo soy David. He sido rey y he mandado a los ejércitos, pulsé largamente la cítara y maté a Goliat el gigante. Soy un rey que entona los salmos y con tristeza advierto que mi voluntad ha flaqueado.

No puedo olvidar a Absalón; sé que su rebeldía vulneraba al Estado y desataba los lazos sagrados, pero Absalón era mi hijo y su muerte me persigue cuando cabalgo entre las encinas: beso su rostro como cuando lo besé después de una ausencia de dos años. Muchas causas me dio de enojo y atentó contra mí y mató a mi

hijo Amnón para vengar a Tamar su hermana hermosa. Absalón creció, se hizo hombre, tuvo fuerza de espíritu y se enfrentó a su pueblo en solitaria venganza. Cuando su muerte se me hace insostenible, ese recuerdo me calma y dirijo mis pasos al valle para ver la columna postrera, piedra filial de un desconsuelo.

Pero lo que no se olvida es la muerte del hijo que no crece y muere niño, del hijo que Jehová persigue para castigarme en la carne de mi cuerpo. Me estremezco de dolor y de lascivia; lágrimas que acarician mi rostro bajan quedamente de mis ojos. Betsabé era hermosa y yo la ví desnuda. Sus doncellas la envolvían en lienzos perfumados y yo acariciaba sus formas desde mi escondite en la terraza. Las mujeres la preparaban para que compartiese el lecho con Urías el hitita.

Felizmente estábamos en guerra.

Hice llamar a Betsabé que me miró con la dócil mirada de las mujeres de mi pueblo. Entré en ella separando sus muslos duros y lisos y gocé de la cama que usurpaba.

Urías regresó de la batalla y guardó mi puerta. Mi aborrecimiento creció con mi amor y mis miembros se dolían de la ausencia.

Del campo me llegaron mensajeros y con orden breve coloqué al hitita al pie de la muralla. Su muerte me liberó del odio. Betsabé se limpiaba de culpa guardando un duelo negro. La llamé de nuevo y todas las noches la miro, acaricio su cuerpo y sus espaldas y separo sus muslos duros. Todas las noches mi gozo se divide en voluptuosidad de pieles y en remordimiento tenaz de la memoria.

## Absalón

*... y tomando en su mano tres dardos los clavó en el corazón de Absalón.*

En lo alto de una encina, aprisionado por la madera y traicionado por su caballo, Absalón esperó la muerte. A lo lejos la vía del tren, la vía paralela y lejana como todas las vías de la superficie terrestre. Esperó, colgado, medio somnoliento, a que se acercara la muerte, reviviendo su vieja historia anquilosada en las páginas de un libro sagrado. Esperaba los dardos que lo clavarían en eterno traspaso irónico y veía el paralelismo de las líneas que corrían sin que ningún ruido turbase su tranquilo silencio. Líneas que atravesaban los durmientes como su corazón sería atravesado por los dardos, semejante en todo a un San Sebastián italiano, atado con serenidad a un árbol imaginario, traspasado de flechas simétricas que dejan escurrir hilos de sangre perlada y magnífica. En esa posición seguía esperando. Reiniciaba un pasado que se abría en dos grandes vertientes fijas: la ausencia del amor que descendía aislado y lo demás, la venganza que abultaba y hacía correr a los mulos y devolvía los rumores de los consejos que le daban hombres astutos y callados. Secretos de guerra que se escondían en los pozos y venganzas acumuladas en la entraña torva. Las vivencias nunca se juntaban. El recuerdo de los momentos en que el amor se inició con

violencia cuando veía pasar a Tamar, vestida con la túnica graciosa de las vírgenes; el recuerdo de la violación que le hizo esconder a la hermana; el recuerdo de Tamar que llenaba su cabeza de ceniza y guardaba entre la lengua los gritos.

Absalón recordó su silencio. Un silencio que lo persiguió como un gran hierro pulido, jamás cortado aunque lo cercenara el odio.

Guillotinado por la madera y el recuerdo, Absalón dejaba transcurrir un tiempo largo entre la muerte cercana y la memoria bifurcada. Curioso puente que lo bajaba de la encina para transportarlo a otras edades vividas, instalando el recuerdo en un silencio concreto que afinaba la espera. Volvió a mirar el rostro de su padre que se había negado a contemplarlo después de perdonar con rencor la muerte del hermano, hijo furtivo de alguna concubina. Miró de nuevo a la gente que acudía, con sus cuitas, al palacio, esperando que David los consolara, y miró sus ojos que miraban a la gente y su boca que se abría para decir palabras halagüeñas. Miró a los ejércitos que se le unían como se junta la arena a las orillas del mar; miró las arcas y el tabernáculo y la ciudad sagrada y miró la encina.

El azogue de la muerte disolvió las líneas tajantes para devolverlo al árbol. Sintió los dardos que laceraron su cuerpo, invirtiendo la imagen, para recrearla en un árbol distinto, colorín de múltiples y alargados brazos que concentran en sus puntas florecidas las rojas impresiones de la sangre que empieza a coagularse.